
*Jóvenes rurales formoseños y los obstáculos a las prácticas participativas**

◀ Luis Caputo**

Presentación

El propósito de este documento es analizar los problemas de participación de un actor que resulta imprescindible para dinamizar el desarrollo rural de manera sostenible.

Dada la escasez de información sistematizada sobre la temática de la participación de la juventud rural en Formosa (joven provincia ubicada en el Noreste de Argentina), se procedió a realizar una breve descripción de los problemas, expectativas y demandas de la juventud rural formoseña en relación a la participación política y comunitaria, relevándose las principales inquietudes manifestadas en congresos de juventud realizados en la provincia en el segundo semestre del año con el propósito de generar recomendaciones para un programa de gobierno provincial y para varios municipios.

Esta primera aproximación también se basó en entrevistas no estructuradas a jóvenes asociados al Movimiento Agrario Formoseño (MAF), con una rica historia de lucha, aunque en los últimos años ha perdido dinamismo. En la actualidad esta organización campesina tiene inserción en el centro-este del territorio formoseño, de condiciones agroecológicas favorables.

* Trabajo preparado para la Reunión del Grupo de Trabajo Juventud, CLACSO: “La participación social y política de los jóvenes en el horizonte del nuevo siglo”, Buenos Aires, 16 y 17 de diciembre de 1999.

** Luis Caputo es licenciado en Ciencia Política, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad del Salvador (1989) y profesor en Ciencia Política, Facultad de Ciencias de la Educación y de la Comunicación Social, Universidad del Salvador. Actualmente cursa la Maestría (Master [Candidate]) en Ciencias Sociales (Sociología/Ciencia Política) de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO). Se desempeña como Director del Nivel Superior del Instituto Santa Isabel, Carreras de Técnico en Investigación Educativa y Trabajo Social (Formosa) y como docente (JTP) de la Universidad Nacional de Formosa, “Metodología de la Investigación III” y “Sociología de la Educación”.

Diferente es el subsistema espacial centro-oeste provincial, de población mayoritaria aborigen y conformado por corrientes poblacionales de Bolivia, las provincias de Santiago del Estero y Salta, asentadas en suelos áridos, resecos, poblados de tusca y sin agua para riego y que, además, no cuenta con organizaciones.

Considerando la vigilancia epistemológica que se está obligado a hacer al abordar el mundo rural dada la tendencia campesinista que se tiene cuando se estudia y trabaja, por ejemplo, con la juventud rural, se considera que la emancipación y participación de la juventud rural es un requisito sin el cual el desarrollo rural no es posible. En este sentido, se sostiene que la participación está mediada por el sistema político un tanto alejado de la racionalidad formal, las peculiaridades educativas y fundamentalmente por la “cultura campesina”.

Para el caso de Formosa, las vivencias de juventud rural se dan en un ámbito de dominación política tradicional que no deja espacios de participación y en un contexto productivo erosionado por el difícil acceso a los mercados de los medios de producción, combinado con débiles acciones para el desarrollo rural, sobre todo, en cuanto a servicios sociales destinados a los jóvenes del campo. En esta situación, agobiado por la crisis, el joven rural no cuenta con instancias aglutinantes y menos aun aquellas que le puedan permitir instrumentar sus demandas y proyectos de vida.

1. Algunas cifras para la comprensión de la juventud formoseña

Aunque no se dispone de datos precisos, en los noventa se produjo en la Provincia un empeoramiento del contexto agrario de las familias campesinas. Conjuntamente con el Chaco, Formosa constituye una de las principales provincias algodoneras que con la nueva realidad del mercado internacional y las progresivas políticas de liberalización implementadas en las dos últimas décadas han agotado este modelo productivo. La práctica del cultivo algodonero como monocultivo de subsistencia llegó a alcanzar en 1992 65.000 ha. En 1999 se estima que sólo se cultivó el 10% de la superficie cultivada hace 15 años. La introducción del modelo algodonero alteró los sistemas productivos campesinos trastocando las pautas y niveles de vida campesina, generando desnutrición y mortalidad infantil alarmantes y migración juvenil. El proceso de estas últimas cuatro décadas de imposición del modelo de monocultivo a través del algodón implicó vender a los acopiadores a precios hasta por debajo de los costos de producción, comprar insumos y manufacturas para endeudarse y, más grave aún, dejar de producir los alimentos para ahora adquirirlos fuera de la chacra.

Otro aspecto fundamental de la estructura rural es el fenómeno de la minifundización, pérdida de diversidad y empobrecimiento de la estructura de explotación agrícola de las fincas. En efecto, un aspecto fundamental de la estructura produc-

tiva agraria de Formosa es el hecho de que la familia rural formoseña está particularmente vinculada al minifundio. Más de 7.000 agricultores (94 %) poseen hasta 25 ha., que basan su sistema productivo en el arado de manquera, tracción a sangre, rastra de púas y otros implementos con baja incorporación tecnológica. Estas son las condiciones, muy diferentes por cierto a las de la cultura agraria pampeana o cuyana, en las que viene creciendo la juventud de los noventa.

En la actualidad, la sociedad campesina juega un rol de subordinación pasiva y marginal en el aparato productivo agrario respecto a un avance considerable de grandes grupos de empresas capitalizadas dedicadas a la ganadería, la industria forestal, la producción de arroz y rubros especializados de exportación. La provincia de Formosa aporta al producto nacional el 0,4 %, mientras que recibe por coparticipación un 3,3 % de la recaudación. Se encuentra agobiada por la presión financiera ejercida por las políticas post-ajuste estructural y el desmantelamiento del sector agropecuario, el único genuino sector productivo generador de riqueza hasta mediados de los ochenta.

Este escenario, como se verá, aplasta las motivaciones psicosociales, lo que conlleva a que las generaciones jóvenes discurran por senderos que no son precisamente los del desarrollo y la participación.

1.1. Situación sociodemográfica

Las principales variables de índole demográfica son las siguientes¹.

Durante la década del ochenta, el crecimiento poblacional superó ampliamente al nacional con una tasa anual de 28,67 % contra el 14,7 %.

La población total formoseña habría pasado de los casi 400 mil habitantes en 1991 –de los cuales casi 70 mil eran jóvenes de entre 15 y 24 años de edad– a 447 mil en 1995 y a estimativamente 490 mil hacia 1999 y 505 mil para el 2000. El peso que el grupo juvenil ha tenido desde la década del '60 oscila del 16,3 % al 17,7 %, por encima del promedio nacional.

La generación formoseña de menos de 15 años, sumaba en los ochenta 108.068 jóvenes, ascendiendo hacia 1991 hasta casi 160.000, alrededor de un 10 % por arriba del promedio del país para el tramo de edad. En tanto, la tasa bruta de la natalidad formoseña es 29,2, y la esperanza de vida al nacer en el período 91-92 es del 69,3 años.

La sociedad formoseña, en mayor medida la que reside en el campo, viene experimentando un alarmante crecimiento de la pobreza a niveles antes conocidos, sobre todo en el oeste provincial. Los indicadores sociales de los departamentos de la Provincia son elocuentes. Hacia 1991 el 34 % de los hogares formoseños tiene necesidades básicas insatisfechas. Por ejemplo, el Departamento de

Ramón Lista tiene el valor más alto de NBI del país y uno de los mayores del mundo.

Otro dato llamativo es el porcentaje de viviendas de características deficitarias en las ciudades (50,4 %) versus el porcentaje en las áreas rurales (95,5 %). Otro rasgo que se observa hacia 1980 es que casi una cuarta parte (21,7 %) del total de jefes de hogar jóvenes son mujeres.

Junto con la provincia del Chaco, Formosa exhibe una de las tasas más altas de mortalidad materno-infantil del país. En 1997, la tasa de mortalidad infantil ascendió al 29,5 por mil, muertes que con claras acciones de salud podrían evitarse. En tanto, la tasa de mortalidad materna es el doble que la tasa promedio-país por causas en su mayoría evitables, si bien bajó del 19,8 en 1996 al 17,2 por mil en 1997.

Sólo el 43 % de la población provincial cuenta con cobertura social de salud. El 57 % restante debe apelar a conseguir atención en los sobrecargados centros de salud y hospitales. En promedio cada formoseño sólo es atendido una vez y media por año en un hospital público.

Estimaciones de los niveles de ingreso dan cuenta de que más de 7.000 campesinos perciben entre 113 y 197 pesos mensuales. Más confiables resultan los datos elaborados por la consultora Equis a partir de los datos de la EPH del Indec (1998), según los cuales los sectores más indigentes (el 20 %) de Formosa conjuntamente con Gran Resistencia y Salvador de Jujuy tienen 400 \$ anuales de ingresos per cápita, inferiores a los de Bangladesh o Nepal.

1.2. Breve descripción de la situación educativa y laboral

En 1988 el analfabetismo subió al 6 %, con tendencia creciente, llegando en algunos departamentos de la provincia al 12 %. Por su parte, el grupo de jefes de hogar con primaria incompleta asciende al 45 %.

En 1990, al momento del registro, el porcentaje de asistencia escolar de los adolescentes entre 15 y 19 años era del 53 %, mientras que del grupo de entre 20 y 24 años era del 19,7 %. Para 1980 (dato disponible) la asistencia a la educación rural sólo alcanzaba el 13 %, comparado con el promedio provincial del 24,4 %. En tanto, la proporción de asistencia a los establecimientos educativos era menos de la mitad (22,1 % contra el 47,7 % urbano) para el caso de los jóvenes rurales de entre 15 y 19 años, y cuatro veces menos (3,1 %) que sus pares urbanos de entre 20 y 24 años (12,9 %).

En cuanto al empleo, existe un alto nivel de subocupación de la mano de obra joven en el campo. Según los entrevistados, en el mejor de los casos, cuando existe trabajo, que siempre es irregular, esporádico y circulante, le queda al joven co-

mo única alternativa dedicarse a actividades de carpida (limpieza), preparación de suelo, arreado de ganado y otras labranzas. Así existe una considerable participación de adolescentes y jóvenes en actividades extraprediales, donde los jóvenes rurales se convierten en una suerte de subproletarios agrícolas, que es más acentuada cuanto más pobre sea la familia de la que proviene el joven.

Las dificultades que acosan a los jóvenes del campo son complejas, pero los líderes consultados afirman que los problemas centrales de sus pares en orden de importancia son: trabajo, tierra, viviendas, créditos, insumos, tecnologías, posibilidades de educación. En este sentido, la juventud agraria campesina estaría priorizando reivindicaciones de tipo económico-productivas, y muy lejos aquellas sociopolíticas.

Existen, no obstante, sectores diversos en el campo. Por un lado, están los jóvenes hijos de agricultores dedicados al cultivo del algodón caracterizados por un alto nivel de endeudamiento, ineficiente y obsoleto funcionamiento productivo, sin articulación en organizaciones.

Otro grupo lo conforman los hijos de colonos descapitalizados que se ofrecen como mano de obra. A este último corresponde el siguiente comentario de un entrevistado: “Uno o dos trabajan con el padre, pero el resto va a buscar changas, a carpir, a dedicarse a tareas momentáneas, van y le trabajan a otro, para que puedan tener un ingreso por día”.

Asimismo, un contingente apreciable lo constituye la juventud en proceso de asimilación a la ciudad.

Otro grupo de jóvenes de considerable peso es el de las tres etnias indígenas² que habitan en los espacios rurales del territorio formoseño. Este último sector, según uno de los jóvenes consultados, tiene una “situación compleja, los mayores son artesanos, se dedican a la artesanía, pero el joven no participa de su artesanía, se va a buscar qué cazar o a trabajar en changas a las chacras porque piensa que no le conviene vender artesanías”.

2. Carencias materiales, “afectivas” y de realización de la juventud

Resulta apropiado utilizar el concepto de *mundo vital* de Habermas³, quien considera la fuerte asociación entre vida y cultura para preguntarse por qué existe, como se describirá más adelante, un bajo grado de participación en general en los espacios rurales del territorio formoseño.

En principio, los altos niveles de pobreza que experimenta más de la mitad de la población implican tener que lidiar cotidianamente con necesidades inmediatas –aunque esto resulte paradójico en el campo–, tales como garantizar la propia seguridad alimentaria de las familias campesinas. A su vez, la acumulación de carencias e insatisfacciones de todo tipo –trabajo, agua, salud, educación, infraes-

estructura comunitaria, insumos, capital e implementos— por un lado, y la presión globalizadora del mercado como la modernidad, por el otro, desembocan o terminan transformándose en “carencias afectivas”⁴. Ambos frentes de oportunidades limitadas y carencias estarían configurando el “mundo vital” de los jóvenes rurales formoseños. Ahora bien, ¿cuál es a su vez el impacto que ello tiene en los patrones de participación social y política?

En este sentido, cuando se invita a participar a los jóvenes rurales a reuniones o jornadas de capacitación, por lo general existe una fuerte predisposición a asistir. Según uno de los líderes juveniles del MAF, “cuando se invita a participar a los jóvenes a las reuniones vienen sin problemas”. En tanto otro expresó que es importante participar “porque así nos valoran”. Consultado sobre la actitud que tienen los jóvenes aborígenes ante la participación, uno de los entrevistados sostuvo que “son más sumisos pero están ávidos de participar en algo, de cualquier enseñanza; además asimilan bien”.

Esto también se pudo constatar durante 1999 con la repentina organización de diversos congresos de juventud regionales y provinciales, en su mayoría partidarios enmarcados en las campañas proselitistas, o en los eventos organizados por ONGs aparentemente autónomas aunque manipuladas por el oficialismo, convocantes de grupos juveniles beneficiarios de programas de desarrollo juvenil. Todos esos eventos contaron con considerables niveles de asistencia, lo cual está expresando la *necesidad socioafectiva* de conocer e interactuar con los pares, de viajar a la capital provincial, de estar, de formar parte y de participar.

Finalmente, según los entrevistados, existen aquellos jóvenes que al parecer directamente no tienen interés en participar, pero que con la *autenticidad* que suele caracterizarlos dejan en claro su desinterés o imposibilidad de antemano. En efecto, sin caer en una mirada campesinista, un rasgo típico de los campesinos es el valor de la palabra y el compromiso. Un joven dirigente campesino del MAF manifestaba al respecto: “Aquellos que dicen no, directamente, son sinceros; te dicen no, no me voy a poder ir y punto.”

Entonces, además de las NBI, se podría afirmar que existen también las “NAI” (necesidades afectivas insatisfechas), que si bien no se cuantifican, de hecho forman parte de las carencias y serían determinantes para explicar el mundo vital de los sectores populares que residen en la provincia de Formosa. Fenómeno que se vería acentuado para el caso de la juventud, y de manera particular para el grupo específico analizado, aquellos de origen rural, más precisamente los jóvenes de peores condiciones y más desarraigados, tales como los más indigentes y migrantes pendulares.

En el plano de las dificultades ante la participación es preciso señalar que las normas, creencias, sentimientos y estados mentales juveniles comienzan en estos tiempos difíciles a no ser aceptados pasivamente como obligatorios, lo que pue-

de llevar a la desocialización del joven, cuyo patrón de reacción ya no es la “voz setentista”, sino que se expresa en nuevas patologías⁵. Fundamentalmente esta pérdida podría tener relación con las enormes dificultades que sufre el joven rural formoseño para lograr un lugar en su comunidad, es decir, para lograr su autoafirmación personal (identidad). Como en toda la región, varios son los impedimentos: limitadas y precarias condiciones de trabajo como agricultor, falta de ingresos, sentimientos de angustia e incluso de inutilidad, imposibilidad de lograr autonomía frente a la familia y por tanto de tener relaciones de pareja y constituir familia, sexualidad alterada, además de desinformación y desconocimiento sobre el conjunto social.

La deficiencia, o directamente ausencia, de innumerables satisfactores de realización personal, atenta de manera permanente contra los derechos sociales del joven y la canalización de sus aspiraciones, por la vía personal, familiar o de la organización. De esta manera, los y las jóvenes formoseños de difíciles condiciones sociales, en particular quienes viven en el campo como así también los indígenas, soportan una dificultad estructural para sentirse gratificados, para lograr hacer cotidianamente al menos lo que les gusta. De allí que cuando se habla de juventud de fin de siglo se hace necesario estudiar sus actitudes y conductas.

Pasando por la parálisis juvenil o por el grupo de jóvenes que soporta una situación conformista, en el extremo de dichos procesos patológicos –siguiendo lo descrito por Durkheim–, se ubican los casos de *suicidios de adolescentes rurales*⁶ de los cuales vienen dando cuenta las noticias de los periódicos locales en los últimos años de los noventa, hechos novedosos que conmocionan a la opinión pública formoseña.

Para comprender el intrincado mundo de la juventud rural resulta útil, entonces, la ayuda del concepto recientemente comentado, provisto por Sen, que se estima muy potente para reflexionar acerca de los patrones psicosociales y políticos que se dan en realidades tan “deprimidas” como la formoseña. Desde esta perspectiva, este emergente tipo de corriente suicidógena anómica no dependería de la falta de disponibilidad de bienes materiales sino del grado de gratificación/decepción del joven, de la falta de sentido de su vida en un escenario de disolución de lazos sociales e introducción de la cultura anómica. En definitiva, consiste en un problema de realización personal que se manifiesta en una de las etapas más riesgosas de la vida de un individuo⁷ y, para el caso analizado, en un contexto de desestructuración productiva y desintegración rural.

Ciertamente, es preciso no perder de vista el hecho de que la juventud rural “cuenta” con proyectos vitales, que se asocian siempre a las posibilidades de desarrollar una identidad personal y expresarla en la sociedad. Al respecto, una de las adolescentes consultadas lo expresa con sus palabras: “Yo quiero depender de mí, quiero demostrarme que puedo más, en el lugar. Una chacra que yo pueda dominar. Algunas de mis amigas piensan igual”. Esto quiere decir que el/la joven cuenta con capacidad para imaginar y proponerse una vida posible a futuro⁸.

Sin embargo, como se comentara recientemente, la vida del joven rural formoseño y el urbano empobrecido es una sucesión de frustraciones, de impedimentos de realizaciones personales, de al menos sentir que su proyecto de vida se materializa lentamente. Así, entonces, la juventud rural formoseña, más que estar preocupada por la participación social y política, lo está por fortalecer su capacidad de adaptación a contextos adversos.

2.1 Los jóvenes como objetos de programas

Las prácticas sociales, como en cualquier otra sociedad, están marcadas por la forma de dominación social.

En los noventa el drástico aumento nacional y provincial del desempleo, el retroceso de las oportunidades de seguir estudiando en un contexto de presión de las identidades por los procesos de la homogenización de la modernidad, y el aumento de las necesidades afectivas, explicarían la presencia en Formosa del fenómeno de absolutización de las adhesiones a caudillos políticos. No solamente el joven tiene enormes dificultades para autoperibirse como productor o joven estudiante, con todo lo que esto implica en términos de identidad, tampoco tiene peso alguno siquiera ante las autoridades locales, y menos aún provinciales. Así, su peso negociador en el contexto político, social y económico provincial es decididamente nulo.

A todo lo anterior se agrega el carácter de los programas sociales-asistenciales y de “desarrollo” rural que llegan al campo, los cuales no están generando ningún tipo de participación comunitaria. Es el caso del Prohuerta, Asoma, Fonavi, pensiones no contributivas, Proasi, el Paippa⁹; se trata de programas controlados por una de las listas del justicialismo, actualmente en el gobierno de la provincia. Debiendo el postulante constituirse en beneficiario directamente a través del partido, o más precisamente de los caudillos políticos de frágil liderazgo, antes que por gestiones en las agencias del estado provincial. Atal punto que a aquellos municipios de diferente signo político (UCR) o pertenecientes a otra línea del justicialismo no se los reconoce como entidades ejecutantes, ya que son ignorados por el aparato provincial, marginándolos de los circuitos provinciales y nacionales de políticas sociales. Se conforman así, en la Provincia de Formosa, circuitos clientelísticos descentralizados a través de los referentes leales a la fracción del gobierno, sean alrededor de concejales, directores de hospital, oficinas de agencias provinciales, delegaciones de ministerios, ONGs de fachada o simplemente políticos.

Llegando a este punto se estructuran municipalidades paralelas: dispositivos encargados de la redistribución de programas sociales, educativos, de empleo y asistencia al pequeño agricultor según criterios irracionales y de lealtades, para no hablar del sencillo y conocido método, incorporado como normal en la cultura electoral, de cambiar el voto (el Documento) por \$ 20, chapas de cartón o una caja de alimentos.

2.2 Prácticas autoritarias y paternalistas

Dicha realidad extra-institucional reitera el supuesto de que se presentaría ante el imaginario joven como partidos y fracciones de partidos políticos que se resisten a la transparencia, moralización y modernización¹⁰. Al criticar a las organizaciones políticas (y también sociales), uno de los jóvenes entrevistados subraya que deberían posibilitar espacios para “que opinen, qué es lo que les gustaría, porque comúnmente suele ser que vale lo que les gusta a los dirigentes, los dirigentes hacen lo que ellos quieren, ordenan nomás y nosotros sí o sí tenemos que hacer, no podemos opinar, por más que tengamos muchas ideas buenas, no nos dejan decir, o si decimos no les dan valor”. De la misma forma, otro de los entrevistados habla de las barreras a la participación y las actitudes hacia lo nuevo: “Ese chico que habló mal por ahí, y vos le dijiste no, porque habló mal, es como que después ya no tiene que volver a hablar, es decir, son muy sensibles, pero están preparados para los cambios, hay que saber darles los cambios nomás”.

El descreimiento hacia la clase política también forma parte de la opinión de la juventud agraria formoseña. En este sentido un joven entrevistado comenta: “En una oportunidad trabajé para una lista política que ganó (...) Yo tuve problemas de salud e inclusive me dieron una dirección falsa (...) de ahí en más yo me fui de ese partido y tuve que solucionar esos problemas de salud por mi cuenta y después tuve que ir a la capital para ver si uno puede progresar (...), poco y nada de oportunidad tenés de trabajo en tu pueblo...”.

Otro de los cuestionamientos es el de una de las adolescentes entrevistadas, quien describe lo nocivo que resulta el ambiente de polarización partidaria, además de indicar la cultura política, a saber: “... algunos se aíslan directamente de eso, para no comprometerse ni con uno ni con otro por temor a que después eso repercuta sobre ellos, en forma de empleo, de estudio, porque por ahí vos te identificas con uno, y el otro ya no te ayuda más para estudiar, para trabajar, porque trabajaste para el otro, te deja de lado”.

Téngase en cuenta que todavía persisten en Formosa (en donde rige Ley de Le-mas), al igual que en muchos lugares de América Latina, las prácticas autoritarias al interior de los partidos, siendo muy llamativas las prácticas paternalistas hacia la población. En efecto, en el subsistema político formoseño se ha ido consolidando no tanto la democracia¹¹ sino una cultura política marcada por las adhesiones paternalistas y hasta fanáticas con que los sectores populares se vinculan con sus líderes. De ahí que en condiciones de permanente estado de tensión en el joven, entre la realidad y sus aspiraciones, se plantean tres posibles salidas: la migración, recluirse e instrumentar estrategias de supervivencia ante la miseria, o adherirse paternalísticamente a un político a cambio de ciertas promesas o prerrogativas siempre circunstanciales.

Ahora bien, al parecer, las situaciones de pobreza material o desarraigo, como las comentadas, hacen que las consecuencias sobre la participación sean aún más disruptivas.

tivas. Las prácticas partidarias no contemplan la participación y, menos aún, el pensamiento e intereses de los más jóvenes. Uno de los testimonios al referirse a las invitaciones que le hacen a los jóvenes para participar de reuniones o actos proselitistas, describe: “Cuando va a la colonia el candidato a intendente, se va [el joven] con la intención de pedir; piensa «voy a decir esto» y al final no dice ni la mitad”.

Cuando se está frente a un dirigente político o candidato, según los testimonios consulta dos, la juventud rural solicita “fuentes de trabajo, un trabajito, recursos o algo personal”.

Una adolescente rural comenta que el joven de su comunidad requiere: “... por ahí que le acomoden en algún lado, que le consigan algún trabajo, allá en la capital o acá (...) generalmente se espera una ayuda, más de trabajo y de estudio. Por ahí se tiene la esperanza de que le consiga un lugar para estudiar, trabajo. Por ejemplo, nosotros no tenemos qué estudiar a nivel terciario. Por ahí un alquiler en la capital, para poder seguir los estudios”. En otros casos “quiere que se le dé un pequeño crédito para poder tener sus implementos, para poder trabajar de sí mismo, que no dependa de nadie, que dependa de ellos mismos; esa es la necesidad por la que están haciendo requerimientos”, manifiesta otro de los informantes.

Al parecer, desde un enfoque participativo parecen muy significativas estas actitudes; por cuanto las demandas de los jóvenes rurales frente a los partidos políticos y las agencias del Estado se atomizan. En ningún momento los entrevistados reconocen la existencia de “demandas colectivas” por parte de los jóvenes rurales formoseños. Este comportamiento quizá explique, en parte, por qué las manifestaciones de apoyo a figuras políticas formoseñas resultan más intensas cuando peor es la situación de la persona, en un ambiente en donde acechan seductoras recompensas materiales o de contención afectivo-paternalista para transformarse, una vez aceptadas, en lealtades. Por supuesto, en el caso de las juventudes más acomodadas, el apoyo material que se le pueda brindar no le resulta importante, por lo que contrae menos compromisos con la clase política.

Aparentemente, la población en general tiene además el problema de la desinformación que es un insumo capital para la participación. Así lo destaca uno de los jóvenes con respecto a: “... los acontecimientos nacionales, muchas veces podemos decir que ni de la provincia están informados la gente del campo. La información no llega, y si llega le llega a muy pocas personas”; mientras otro joven acota “y a esas personas a las que les llega no las difunden”.

3. Cambios de actitudes del migrante, la educación, cultura y participación

Varios son los factores determinantes de larga data que vienen incidiendo y desestimulando la participación de la sociedad civil formoseña. Los testimonios

de los jóvenes consultados revelan las prácticas restrictivas que a poco de entrar en el siglo XXI todavía persisten en el campo. Por ejemplo, uno de ellos señala: “Se tiene miedo de hablar delante del padre, le tenemos mucho respeto (...) o miedo de meter la pata”. Aunque reconocen que tienen una mejor comunicación con las madres: otro joven afirma al respecto que “le cuesta menos a la juventud llegar a la madre que al padre”. También los jóvenes se quejan de otras restricciones a la participación: “Con la siembra por ejemplo, nosotros sabíamos que se hacía a 90 centímetros de surco a surco, no sabíamos el por qué, porque papá y abuelo lo hizo se tiene que hacer así, con el Movimiento Agrario cuando empieza la capacitación nos damos cuenta de muchas formas de planificar y hacer otros tipos de trabajo en el campo”.

Si bien es cierto el distanciamiento hacia el padre, el mismo entrevistado reconoce que en la actualidad se han achicado las distancias: “Pero hay más diálogo, yo calculo que de mi infancia a la infancia de hoy, no me considero un viejo con mis 30 años, cuando yo tenía 10 años era menos, yo ahora veo que el chico de 12 o 13 años tiene más comunicación con el padre, charla más, se sienta a compartir el tereré con el padre, que antes nosotros era lo peor que vos podías hacer, así cuando llegaba un amigo de papá y quieren hablar a lo mejor de temas del campo mismo, vos te sentás al lado y te corren...”.

Además de anotar la clásica dificultad que sufren las mujeres y jóvenes en el mundo rural como consecuencia de la gerontocracia, las prácticas patriarcales, machistas y autoritarias¹², existen otros factores que moldean los patrones de comportamiento de la juventud rural formoseña frente a la participación que seguidamente se quieren abordar aquí. Los principales que saltan a la vista son la migración, la educación formal y la fuerte influencia guaraní que existe en la cultura rural del este de la provincia. Precisamente, estos tres tipos de factores han estado presentes en la socialización de la juventud que llega hasta la generación de los noventa.

3.1. Migración a las ciudades intermedias

Se ha discutido bastante acerca de la exportación de pobres y jóvenes rurales desplegados en contextos modernizadores de fuerte urbanización. También se viene discutiendo acerca de lo conveniente o no que resulta dejar el campo para la autorrealización personal del joven. Sin embargo, la cuestión de la migración juvenil rural se torna, además, útil de analizar y discutir por un nuevo fenómeno que se observa en los últimos años de este siglo. Estarían cambiando las características de la migración campo/ciudad. Ya no son, pues, de larga duración y de largas distancias exclusivamente a grandes metrópolis, como es el caso típico de Buenos Aires. Lo cierto es que desde los noventa se ha comenzado a observar una nueva tendencia migratoria. Ahora las migraciones serían de “corta duración”,

asociadas a mercados de trabajos temporarios, dirigidas a los centros urbanos más cercanos.

Anteriormente, comenta uno de los entrevistados, “el sueño era llegar a la Capital Federal y encontrar fuente de trabajo, y hoy ya se sabe que no es así, llegan allá y están en peores condiciones que quedándose acá (...) yo digo que mi promoción está en Formosa”. Según la época y la coyuntura económica los jóvenes toman la decisión de irse a la ciudad o regresar nuevamente a la chacra. Dice una de las muchachas entrevistadas: “La mayoría se va pero vuelven cuando hay trabajo, para la carpida, la cosecha. El joven piensa, me voy a la ciudad hasta que mejore la situación (...) el campo es más tranquilo, la ciudad es peligrosa”.

Los jóvenes rurales migran a aquellos núcleos urbanos más próximos a ellos, aunque con suficiente tamaño y que reúnan características tales que les permitan visualizar chances de inserción en el mercado de trabajo informal y, de ser posible, retomar sus estudios.

En el caso de Formosa, las generaciones de jóvenes han contribuido al crecimiento exponencial de las ciudades “fronterizas” de Clorinda, cabecera del Departamento Pilcomayo, el cual más que duplicó la población joven de 15 a 24 años, y de Formosa que en este caso triplicó la presencia de jóvenes entre 1960 y 1991. Ciudades en las que, si bien durante los noventa exhibieron altos niveles de desocupación, al menos cuentan con ciertas actividades en el rubro de servicios, además de vías partidarias que pueden permitir al joven del campo acceder como beneficiario a programas de empleo urbanos transitorios que, como se describió, se logran a cambio de una adhesión partidaria automática.

Los jóvenes consultados alegan como principales factores expulsivos a la falta de trabajo que se complicó con la sequía de 1999, los bajos precios de los productos agrícolas e inquietudes de estudios. Para uno de los jóvenes la migración se piensa cuando al joven agricultor “se le va el ánimo porque nuestra siembra no sirve, no vale”. Señalan, también, que la migración de las “mujeres” jóvenes es casi masiva, al constatar altos costos de oportunidades para seguir permaneciendo en el campo. Dos jóvenes de distintas zonas rurales coinciden al afirmar: “...donde yo soy nacido, nosotros los muchachos decíamos que de diez chicas que había en nuestra promoción, no está ninguna; de diez de los muchachos de nuestra promoción, quedaron tres o cuatro”; “ellas se van al terminar la primaria a los 14 y 15 años”. Además, reconocen que las dificultades para encontrar empleo son mayores en los varones: “les cuesta más porque se les pide libreta de fondo de desempleo”, comenta uno de los entrevistados.

En cuanto a los factores atrayentes que predisponen a tomar la decisión de dejar la familia y su comunidad, los testimonios destacan: 1) las redes de parientes instaladas en los barrios periféricos de las ciudades; 2) las relativas oportunidades laborales y educativas; 3) lógicamente, las atracciones que ejerce la moder-

nidad urbana, que, dicho sea de paso, puede actuar como un mecanismo que desplaza la frustración del joven.

Lo anteriormente descrito es importante porque, además de la socialización, existe una asociación entre las características esporádicas de participación y el tipo de migración. Es posible identificar la elevada volatilidad espacial de los jóvenes en el campo, factor que dificulta la organización del sector.

Sí es cierto, en contraste, lo admitido por un dirigente juvenil del MAF: “Yo creo que uno adquiere experiencia en la Capital, yo tuve esa oportunidad, tal vez al estar yo en Riacho no tenía la capacidad para venir por ejemplo a charlar, tal vez por la timidez (...) Me doy cuenta de que aprendemos bastante en la ciudad, sirve digamos”. En efecto, en los encuentros con jóvenes rurales se puede apreciar que los pocos dirigentes que se dedican al desarrollo rural o participan en partidos políticos tuvieron o tienen un intenso contacto con el mundo urbano.

3.2. El rol de la escuela frente a la participación

Resultan conocidos los resultados del modelo de educación tradicional, presentes en general en los países latinoamericanos, a lo que se agrega para las provincias marginales del centro del país, como Formosa, desventajas en materia académica y en recursos materiales y, más aún, en aquellos espacios de frontera y/o rurales del interior provincial.

En la educación rural formoseña se aprecia con claridad, como cuestión neurálgica, el débil planteo pedagógico y metodológico del área de estudios sociales, el cual muy a pesar de la reforma educativa hasta ahora persiste en la educación básica. Efectivamente, la formación cívica está subsumida en lo que los niños reciben como geografía e historia. Y ahora con el nuevo espacio curricular “Ciencias Sociales” se tiene el problema de la desarticulación de contenidos disciplinares y la falta de coordinación pedagógica de los profesores.

Por supuesto que la participación en el aula no pasa únicamente por Ciencias Sociales sino que, como propone la pedagogía actual, debiera ser incorporada como estrategia socializadora por todas las áreas. Sin embargo, más allá de las buenas intenciones de los diseños curriculares y de los docentes, existe un fuerte predominio conductista del tipo estímulo-respuesta en la “formación” docente que cercena la natural espontaneidad de los alumnos, tan necesaria para prácticas de socialización participativas.

Todo esto ha significado una carencia de formación ciudadana sufrida por las niñas y los niños formoseños en general y cuyas consecuencias sobre la participación comienzan a manifestarse en el ciclo de vida joven y terminan de cristalizarse en su adultez. Las escuelas sólo desarrollan competencias o valores en tres niveles que resultan insuficientes para familiarizar a los niños en acciones parti-

participativas. El nivel receptivo donde el niño se limita a atender y escuchar al maestro, el nivel de respuesta que lo impele a cumplir o aprobar lo que se le dice o hace, y el nivel de valoración, limitado siempre a apoyar iniciativas que se presentan desde arriba.

Por su parte, si bien en el nivel medio existía hasta hace poco un espacio curricular para la asignatura Educación Cívica (hoy Formación Ética y Ciudadana), adolece del problema de que es un planteo meramente libresco, que no posibilita al estudiante joven vincular los contenidos con las realidades local y nacional. Por ello es preciso que desde la escuela se generen competencias de participación, como por ejemplo realización de campañas políticas respetando las reglas de juego, con todo lo que ello implica: padrones, código electoral, elaboración de propuestas estudiantiles, debates, acto electoral, escrutinio y control.

Además, será preciso estar atentos a las coyunturas de la realidad para montar sobre ellas procesos de participación: inundaciones, corrupción, hechos injustos¹³.

Es así como las estrategias pedagógicas para las Ciencias Sociales deberán pensar en llenar creativamente el vacío que se produjo en el plano de la ética, el desarrollo del juicio crítico, para recuperar su lugar formativo.

Si bien gracias a las críticas hechas al modelo pedagógico convencional se ha movilizado una transformación gradual del sistema educativo, todavía persisten los obstáculos que dificultan superar la falta de formación de la ciudadanía moderna desde las escuelas.

Simultáneamente, se constata una enorme dificultad por parte de los docentes de todas las áreas para transformar sus paradigmas y prácticas en el aula. Se ha visto que la implementación de técnicas que intentan generar participación en las aulas de las escuelas formoseñas sigue siendo insuficiente. En efecto, si bien esporádicamente se utilizan recursos didácticos como los debates, paneles o el trabajo grupal, los resultados siguen arrojando un bajo grado de participación, de carácter pasivo, por cuanto las dinámicas por ahora se encuentran limitadas a una participación “entre grupos”. Esta ausencia de participación, o al menos de presencia de los alumnos y de las comunidades en la toma de decisiones del quehacer educativo de la escuela, tiene un impacto negativo directo a corto y largo plazo en el capital participativo del joven y futuro adulto.

Por su parte, las políticas no aseguran una efectiva capacitación docente¹⁴ que permita al maestro o profesor entrenarse en nuevos enfoques y estrategias para formar ciudadanos a partir de sus contextos locales con un sentido universal.

Así la “participación” como idea fuerza y como práctica hacia dentro del aula, la organización y la comunidad, no aparece institucionalizada en la escuela. Si bien desde la transición democrática y con la reforma educativa se la declama, to-

davía las escuelas en Formosa no han incorporado la participación como concepto movilizador de sus comunidades educativas. Cuestión que no solamente atraviesa a las escuelas rurales, sino que también llega a las escuelas urbanas primarias, de nivel medio y hasta los institutos de formación terciarios.

Otro factor que complica la enseñanza en las escuelas rurales, como se sabe, es la existencia de grados simultáneos (plurigrados) que el maestro debe atender. Esto produce que, ante condiciones de trabajo más adversas, se dispersen todavía más las energías del maestro rural y se termine nivelando hacia abajo.

Además de los problemas tradicionales de que adolece la educación rural, bastante estudiados, como la repitencia, el rezago, el bajo rendimiento, el desgranamiento y la deserción escolar, ya con el proceso de reforma educativa en marcha –al menos para el caso de los adolescentes rurales formoseños–, se ha agregado un freno en el nivel de escolaridad como consecuencia de la crisis rural que soportan las familias rurales en las dos últimas décadas, lo cual a su vez compromete aún más el deterioro de las condiciones de vida.

Es necesario considerar, por otro lado, lo fundamental que resulta la falta de reconocimiento del lugar que ocupa la interculturalidad en las prácticas de la educación rural. Existe una reproducción de una cultura escolar uniforme en la cual la educación se muestra indiferente de hecho a las formas de vida campesina, por parte de los planes de estudio y currículos centrales. Los niños y adolescentes rurales terminan así siendo víctimas de una privación de saberes.

En Formosa, la educación rural desconoce como punto de partida lo que podríamos llamar una pedagogía familiar, que implica considerar las percepciones de la realidad del niño y su familia. Vale decir, para el año 2000 lo más urgente debería ser integrar en el currículo rural, antes que contenidos⁵, nuevas maneras de tratar los conocimientos partiendo de una priorización de la lengua materna (el guaraní), de los códigos y valores de la cultura campesina, cuyo muelle debe ser el arraigo e identidad rural. En resumen, asociar el conocimiento campesino y el científico a la vez.

3.3. La inaplicabilidad del Tercer Ciclo de la EGB en el medio rural

Asimismo, y muy particularmente a causa de la errática implementación del Tercer Ciclo de la Educación General Básica –7º, 8º y 9º año–, se ha producido en 1999 un fuerte abandono de aquellos que, precisamente, comienzan a ser adolescentes en el campo. Aspecto novedoso que se presenta como un interrogante cuya justificación y alcances desconocen las familias del campo.

En efecto, en 1999 existen evidencias muy fuertes del corte y expulsión del sistema educativo que se hace una vez que el estudiante termina el séptimo año de la ahora EGB, como consecuencia de la inexistente infraestructura para el Ter-

cer Ciclo en la comunidad, y por las restricciones familiares en cuanto a los recursos económicos necesarios para trasladarse diariamente al establecimiento para cursar el Tercer Ciclo más cercano –para el caso de Formosa, un establecimiento secundario. Todo esto, quizá, como consecuencia de aceptar el Estado provincial esta nueva responsabilidad en acuerdos federales de educación sin prever los recursos con los que cuenta para salarios docentes, materiales didácticos e infraestructura.

De modo que necesariamente, para continuar estudiando bajo la forma obligatoria y gratuita, los adolescentes rurales están obligados a asistir a aquellos establecimientos del nuevo Polimodal, localizados en el pueblo o ciudad más próximo, donde ya exista un establecimiento.

Lo concreto es que hoy por hoy se hace muy difícil para los y las adolescentes rurales trasladarse diariamente a completar la EGB, y esto se incrementa cuanto mayor es la distancia y más desfavorecida económicamente es la familia. Esta es otra de las paradojas de la bien intencionada reforma educativa, que se plantea como desafío retener durante más años al joven en el sistema educativo. De este modo, no solamente la mayoría de los adolescentes rurales formoseños sigue sin lograr ingresar y menos aún completar sus estudios post-primarios, sino que ahora, de la mano del proceso de transformación educativa, no pueden siquiera concluir con sus estudios básicos, problema que al parecer en la jurisdicción de Formosa llevaría varios años resolver.

3.4. Factores culturales que desalientan la participación

Las conductas personales y sociales en los espacios rurales tienen un fuerte trasfondo cultural, conformando mundos vitales que contienen conocimientos, creencias y experiencias inmediatas que no resultan cuestionados, pues son percibidos como naturales (intrínsecos) a su cultura y, por tanto, forman parte de la manera de ser: machismo, autoritarismo, paternalismo, etcétera.

En otro plano, un factor cultural importante de destacar en este rápido repaso alrededor de la participación social y política de la juventud rural formoseña, es que históricamente, a pesar de la enorme riqueza que encierra la cultura guaraní¹⁶ y de la cual Formosa es tributaria¹⁷, dicho rasgo estaría ayudando poco a familiarizar a la juventud con el desarrollo de prácticas en “grupos formales” que –desde una mirada occidental moderna– permitan obtener niveles aceptables de participación en la sociedad formoseña.

Para dar una idea de este rasgo característico es preciso no dejar de mencionar que, si bien desde los últimos cuarenta años la juventud se ha ido nacionalizando, hacia 1960 el 18,2% de los jóvenes era de origen extranjero, en su mayoría paraguayos.

Uno de los rasgos culturales constitutivos del comportamiento de los pueblos originarios guaraníes es la conducta que estos adoptaban ante los conflictos individuales o comunitarios. Básicamente dos tipos de respuestas se expresaban ante disparidades personales o graves problemas de convivencia social.

La primera y la menos generalizada se manifestaba por la vía de la confrontación violenta.

Un segundo tipo de respuesta ante las discrepancias, fuertemente vinculado siempre a la cultura de los guaraníes, es interesante de estudiar en contextos como el formoseño. Vale decir, cuando se presentaban diferentes pareceres frente a un problema, la forma de vida guaraní apelaba al diálogo y relativamente a la discusión; y cuando por esta vía no se llegaba a un acuerdo, simplemente se resolvía la cuestión por la vía del apartamiento, ignorando al otro o a los otros. Así, resultaba característica la división constante en pequeños clanes familiares, por cuanto al existir un conflicto fuerte que implicara discordia en la comunidad, una parte de los integrantes de ésta se retiraba a varios kilómetros e instalaba nuevamente su tava o nueva comunidad.

Al parecer existiría una autopercepción devaluada del joven campesino formoseño de 1999, referida a una pérdida de confianza en sí mismo que se acentúa con la marginación educativa, productiva y política descrita, vivenciada como una tensión entre sus necesidades materiales y afectivas y sus expectativas. Efectivamente, según las apreciaciones recogidas, la juventud rural sería un tanto tímida: “en el campo no es que queremos hablar mucho en reuniones, cuando viene gente de afuera, nos cuesta (...) prefieren escuchar, participan poco”, reconoce uno de los líderes principales del MAF. La timidez sería una forma de retraimiento ante lo no conocido del todo, frente a la “modernidad”, ante lo no vivido, como son las diferentes formas de exposición al mundo extra-campesino con mecanismos formales, como se dijera, tan ajenos a su idiosincrasia como la participación democrática en reuniones, foros o equivalentes.

Por consiguiente, una pregunta interesante de estudiar es hasta qué punto este rasgo cultural aún permanece en la región del NEA, bajo la forma de retraimiento, el silencio y modos de ser pacíficos por parte del campesino, patrón de comportamiento incorporado en buena parte en la cultura política formoseña.

4. Factores que predisponen a la participación

Al igual que en las múltiples micro-regiones agrarias del resto de América Latina, la participación del campesino en el desarrollo rural local formoseño se asocia a su contexto socioeconómico y ambiente cultural. En contrapartida a lo recientemente comentado, se han visto en la realización de este trabajo factores positivos para el desarrollo rural de carácter participativo propios de las comuni-

dades campesinas, consistentes en acciones comunitarias como parte de la vida social en el campo. En efecto, los testimonios de los jóvenes rurales consultados coinciden en sostener que existe una costumbre de formar parte de acciones o contribuciones comunitarias voluntarias¹⁸.

Ciertamente, ante los déficit de los servicios estatales en el campo, la juventud participa en las campañas de obtención de fondos, en la construcción y reparación de salas de primeros auxilios, caminos vecinales, escuelas, capillas y otras aportaciones bajo la forma de fuerza de trabajo, fundamentalmente. Al respecto, los entrevistados destacan, por ejemplo, que los jóvenes “son los que participan más en la cantina, la venta de entradas o lo que se ofrece”.

“Cuando se trata de defenderse mutuamente, son unidos, vos cuando te vas a un barrio y se enfermó Juan por ejemplo (...), yo creo que todos tratan de cooperar, de ayudar”. También señalan las diferencias con el mundo urbano: “En el campo está un poco más unido (...), son más realistas, es que yo sé hasta dónde puedo y dónde no puedo llegar, quizá porque lo me rodea es la misma clase y todos estamos empujados para una sola cosa, pero en el centro no sucede eso, sabemos que porque aquel es el hijo del médico (...) del docente (...) del intendente y porque tiene esto, y ahí empieza el lío tremendo”.

Otras prácticas están todavía un poco menos generalizadas, como el uso común de implementos agrícolas –es el caso de arados y la siembra directa–, o incluso pequeñas inversiones y siembras en grupos de a dos o tres jóvenes amigos. En efecto, uno de los entrevistados reconoce que la necesidad de unirse está motivada por el empeoramiento de la situación económica: “hay familias que ya no tienen un buey, su arado. Hay familias, hay jóvenes que se están ayudando mutuamente para cultivar, se está volviendo a lograr eso, porque a lo mejor ese muchacho tiene un buey y aquél no tiene y éste vino y le hizo la siembra...”. Además, agrega otro joven entrevistado como importante en el campo, “el muchacho campesino si te puede dar una mano te le va a dar, porque es humilde, es sincero”. Así, entonces, no obstante el alto costo de oportunidades y el agravamiento de la crisis, las prácticas solidarias siguen formando parte de la cultura agraria “protoguaraní-criolla” de manera intergeneracional.

Asimismo, para los dirigentes juveniles asociados al MAF aquel joven “pequeño” agricultor tiene una alta predisposición a participar, al afirmar que éste tiene condiciones para “participar más, porque tiene más esa experiencia de saber hacer de todo un poco...”.

Prácticas comunitarias que no son consideradas en la concepción e implementación de las políticas públicas en general y en las políticas de desarrollo rural y juvenil en particular, desperdiciando con esta errática posición los rasgos positivos del *corpus* cultural hacia la participación y el desarrollo humano propios

del *ethos* rural, además de recursos fundamentales para un eventual salto productivo en el campo.

4.1. La predisposición productiva del joven rural

Al igual que la mayoría de los jóvenes latinoamericanos, la juventud rural formoseña no participa en todos aquellos procesos decisivos y económicos que afectan a su cotidianeidad.

En estudios realizados en contextos similares al formoseño, se ha analizado que en la ejecución de proyectos el componente, las demandas y los aportes de los jóvenes rurales juegan muchas veces un rol crucial, dada la alta predisposición que manifiestan a adoptar habilidades micro-agroempresariales y desarrollarlas en la finca o su comunidad. Lamentablemente, sin embargo, en su mayoría los proyectos insisten con exclusividad en los adultos, para quienes dichas competencias y conocimientos modernos son particularmente ajenos a la idiosincrasia del pequeño agricultor.

En efecto, en la práctica de la promoción campesina por parte del Estado y las ONGs, e incluso las mismas organizaciones campesinas, se ha constatado que los jóvenes no están presentes como beneficiarios y protagonistas directos, a no ser como mano de obra calificada. Sin embargo, a pesar de la miopía de las políticas de desarrollo rural y sociales, que no incorporan en su concepción un enfoque etéreo, se ha demostrado que son precisamente los más jóvenes del campo quienes tienen más capacidad de adoptar crítica y rápidamente innovaciones tecnológicas y productivas¹⁹.

Ironías en la concepción y métodos aplicados a la promoción en América Latina, ya que la práctica rural ha demostrado que son los jóvenes quienes mayor apoyo brindan a los proyectos de intervención social en las comunidades campesinas, estén estos orientados ya sea a la producción agrícola, al establecimiento de agroindustrias, a la incorporación de nuevas tecnologías, a la capacitación en materia de emprendimientos colectivos o en el campo de la salud.

Por otra parte, si se considera la dificultad, conocida desde la Grecia clásica hasta la época contemporánea, de operacionalizar la democracia directa, resultan de fundamental importancia las condiciones propicias, si se quiere demográficas, que poseen los espacios rurales; de allí la sugerente constatación que hace uno de los jóvenes entrevistados para este trabajo: “La juventud de Riacho Heé es casi una, en un pueblo chico se conocen todos, lo que hace uno u otro, porque se conocen, cualquier cosa que uno dice ya lo sabe el otro.”

Lo que inquieta de esta poco inteligente visibilidad por parte del Estado y las elites técnicas que tienen a su cargo el diseño de programas estructurados, es el hecho de que no toman en cuenta las indispensables potencialidades del campo y

de las generaciones jóvenes para contribuir con su intervención directa al desarrollo participativo local así como su aporte productivo para el manejo de modelos de agricultura sustentables ²⁰.

4.2. Reclamos de la juventud frente a la participación

Es más, como tendencia contraria a los esfuerzos realizados en la región desde el año internacional de la juventud, para el caso particular de Formosa, a principios de los noventa se desactivó la Secretaría de la Juventud que tenía exclusivamente una política urbana-estudiantil.

Así, en la memoria de las relatorías de los congresos de juventud, se insiste en la reapertura de dicha agencia especializada, con un sistema de oficinas locales en todo el territorio, mediante un sistema de representación, empezando por la colonia o barrio, el municipio, las filiales y finalmente la Secretaría de Juventud, cuya conducción debe ser elegida mediante elecciones.

Por su parte, las pocas ONGs que canalizan programas de juventud nacionales, además de ofrecer poca asistencia técnica, se caracterizan por brindar tutoría más bien partidaria, al estar políticamente coptadas. De allí que también los jóvenes reclaman “información y asistencia técnica” en cuanto a proyectos para ellos y sus pares, además de asesoramiento, para conformar ONGs y organizaciones juveniles.

Dicho lo cual, se puede afirmar que hacia el horizonte del nuevo milenio lo predominante en el campo público juvenil de Formosa es la ausencia de políticas de juventud en general.

En la provincia existe además, como se señalara, una destructiva subordinación a ideologías partidarias, o más precisamente a “personas”, que priorizan los intereses de fracciones antes que los intereses generales, neutralizando las potencialidades y energías de participación. La implementación de los programas generales, o de los escasos hacia la juventud, no se direcciona hacia sus idearios y objetivos, sino a la manipulación de necesidades y el reclutamiento de votos jóvenes, todo lo cual termina provocando un efecto político y socialmente desmovilizador.

Fenómeno de quietud, de escasa conformación de movimientos sociales, que en Formosa se ve favorecido también por las raíces que calan culturalmente en el arraigo del patronazgo heredado de los modelos de organización coloniales, además de los ya analizados.

Cuando se consultó a los jóvenes cuáles serían las características que deberían tener las organizaciones para que exista una mayor participación, algunos indicaron la necesidad de tener contactos personalizados y el acceso geográfico.

Cuando se programan actividades con jóvenes, para que la convocatoria sea efectiva “hay que llegar a la casa, explicar, incentivarlo, no sólo una invitación para escuchar”. En tanto, otro joven interrogado destaca como importante que: “Se debe hacer un seguimiento en la capacitación, no abandonarlo al joven”.

Asimismo, indican que existe un problema de medios, cuando se hacen cursos o reuniones “en la Colonia participan todos, porque no está el problema de en qué me voy”. Finalmente, destacan que en las organizaciones “tiene que haber mucha humildad...”.

4.3. Motivación y participación

En contrapartida al retraimiento quizá natural de las comunidades campesinas con fuerte influencia indígena como la formoseña, desde la perspectiva cultural también es dable analizar el carácter movilizador de las Ligas Agrarias de los setenta, protagonizadas tanto por los campesinos del NEA como por paraguayos. Esta experiencia se explicaría, en gran parte, por su fuerte vinculación cultural y religiosa, nutriéndose con la idea de “paraíso terrenal” (como modelo de comunidad) al que habría que buscar colectivamente, permitiendo apelar a la noción de “autonomía”; la cual tenía más bien una intencionalidad religiosa y menos política.

Las Ligas Agrarias, como se sabe, fueron aniquiladas por los Estados autoritarios y, aunque han sido poco estudiadas significaron, o al menos lo han intentado, un modelo propio e innovador de participación, libertad e igualdad social.

La historia reciente, nos ofrece pistas para favorecer la participación, y nos muestra la importancia de los “incentivos” para generar la participación ciudadana u organizada en el campo.

De allí la importancia para el muchacho/a de la escuela de contar con una cultura general, así como de elementos propios de la especialización técnica que requiere como productor joven, y de la interacción con otros ámbitos de la sociedad y las distracciones.

Ello remite a lo imprescindible que resulta diseñar desde la cultura campesina por un lado, y las expectativas, miedos, centros de interés y los problemas juveniles por el otro, “un perfil” o un “estado de competencias de participación”, entendido como una combinación dinámica de un conjunto de elementos, tales como conocimientos y habilidades universales y propias, de capacidad de acción y comportamientos asociados a los requerimientos del contexto.

Despertar a través de las políticas públicas el entusiasmo y desarrollarlo, significa posibilidades de introducir y dominar gradualmente herramientas específicas para modificar el retraimiento, la relativa pasividad o conformismo reinante en los espacios rurales de fin de siglo, como el formoseño.

Ello implica programas y servicios que permitan al joven adquirir y poner en práctica competencias de participación, y que no necesariamente es sinónimo de la militancia clásica.

Son estos esfuerzos en torno a métodos e información dirigidos a desarrollar la capacidad de relacionarse, la imaginación, la elaboración y toma de decisiones, el trabajo en equipo de pares, así como el saber llevar adelante proyectos, organizar y gestionar, etc., todo lo cual supone que la juventud rural cuente precisamente con “motivaciones”.

Bibliografía

- Caputo, Luis 1994 “Juventud rural: intervenciones sociales, obstáculos y alternativas en la promoción de sus organizaciones” (Asunción: PROCODER/BASE-IS), D.T. n° 62.
- Casanova, Ramón 1999 *La generación de fin de siglo. La dispersión de los imaginarios juveniles* (CENDES).
- CEPAL 1994a *Juventud rural, modernidad y democracia: desafíos para los noventa* (LC/R.1361), enero, Santiago de Chile.
- 1994b *Proyecto de informe del seminario de expertos sobre juventud rural, modernidad y democracia en América Latina* (LC/R. 1345), junio, Santiago de Chile.
- Chacoma, Jorge 1994 “Distribución de la población en Formosa: ambiente, ferrocarril y el algodón (1920-1947)” (Asunción: BASE-IS), D.T. n° 58.
- Chacoma, Jorge 1994 *La juventud formoseña. Una mirada demográfica* (Formosa: Documentos SeCiEV).
- 1995 *Los jóvenes y el sistema educativo formoseño* (Formosa: Documentos SeCiEV).
- Dirven, Martine 1995 “Expectativas de la juventud y el desarrollo rural”, en *Revista de la CEPAL* (Santiago de Chile), n° 55.
- Durston, John 1998 *Juventud y desarrollo rural: marco conceptual y contextual* (Santiago de Chile: CEPAL), Serie Políticas Sociales n° 28.
- Edson, Teófilo F. 1992 “Autogestión campesina, política económica y prácticas sociales” (Asunción: BASE-IS), D. T. n° 36.
- INDEC 1998 *Anuario Estadístico de la República Argentina 1997* (Buenos Aires).
- Habermas, Jürgen 1987 *Teoría de la acción comunicativa* (Madrid: Taurus).
- Reuben de Soto, William 1994 “Los principales desafíos para el trabajo con jóvenes rurales en los noventa”, en *Memoria de la Consulta regional sobre juventud rural del Cono Sur Latinoamericano* (Montevideo: IICA/Foro Juvenil/REJUR).
- Semler, Christian 1999 “La híbrida identidad de la generación 99”, en *Le Monde Diplomatique* (Buenos Aires), n° 4.
- Sen, Amartya 1989 “Development as capability expansion”, en *Journal of Development Planning*, n° 19, 41-58.

Bibliografía del autor

Caputo, Luis 1992 “Las ONGs paraguayas y la integración regional: Respuestas y propuestas” (Asunción: BASE-IS), Documento de Trabajo n° 45.

1993 “Integración Regional: De la ausencia a la participación del pequeño agricultor” (Asunción: BASE-IS/PROCODER/MGAP/IICA), mimeo.

—“Sustentabilidad de la agricultura campesina y desarrollo rural en el Paraguay”. Trayendo río a casa: Contribución al documento continental RIAD presentado en la Conferencia Internacional sobre Agriculturas Sustentables (Mülheim, Alemania), Documento de Trabajo RIAD n° 5.

—*Juventud campesina en el decenio de 1990. Problemas y desafíos* (Asunción: Red Rural).

1994 *Entre la exclusión y la reconstitución: La juventud campesina paraguaya en los 90s* (Santiago de Chile: CEPAL), LC/R. 1373 Sem. 7315.

—“Jóvenes rurales: intervenciones sociales, obstáculos y alternativas en la promoción de sus organizaciones” (Asunción: BASE-IS/PROCODER), Documento de Trabajo n° 62.

—“Jóvenes rurales del Cono Sur: de víctimas a protagonistas del desarrollo” (Asunción: BASE-IS/REJUR/IICA), Documento de Trabajo n° 64.

1995 “La juventud rural vista desde el Cono Sur” (Asunción: BASE-IS/REJUR/IICA), Documento de Trabajo n° 67.

—“Hacia una renovada modernidad en América Latina” (Buenos Aires: FLACSO), mimeo.

—“Foucault frente a la modernidad: algunos aspectos epistemológicos” (Buenos Aires: FLACSO) mimeo.

—“Un examen al MERCOSUR: imaginando su análisis desde distintas posiciones” (Buenos Aires: FLACSO), mimeo.

—“Controversias sobre la tendencia reprimarizadora del desarrollo agropecuario en América Latina” (Buenos Aires: FLACSO), mimeo.

—“Residencia y migración en la frontera argentino-paraguaya. El caso de Formosa-Alberdi”, trabajo de investigación, UNaF-CyT.

—“La diversidad y lo local en el logro de la sustentabilidad: un panorama weberiano del Estado y la política en Formosa” (Buenos Aires: FLACSO), mimeo.

1996 “Durkheim, algunos elementos para la comprensión de las organizaciones sociales y los cambios en América Latina” (Asunción: BASE-IS), Documento de Trabajo n° 83.

1997 *Juventud y transición política: actitudes y percepciones en un momento de tensiones no resueltas* (CLACSO/FLACSO/UNESCO).

1999 *Migración forzada por situación de desastre natural. El caso de las inundaciones en la Provincia de Formosa* (UNaF-CyT).

Notas

1. Esta sección compila información proveída por estudios realizados por Chacoma (1994b y 1995).
2. Según datos extraoficiales la población total indígena en la Provincia de Formosa conformada por la etnias Wichi, (53%) Toba (36%) y Pilagás (11%) llegaría a 50.000 personas.
3. Concepto desarrollado en su “Teoría de la acción comunicativa” (1987).
4. Amartya Sen (1989) en efecto, establece una diferencia entre la producción y prosperidad materiales y la vida de las personas, no atribuyéndole a los bienes materiales la categoría de fines, sino de medios para alcanzar el bienestar y la libertad de las personas. Para él lo más importante es la realización de la persona, concebida ésta como un conjunto de “haceres y seres” (*doings and beings*). La realización personal, en su concepción, es así la capacidad de funcionar o de realizar algo personalmente valorado.
5. En esta misma línea se ubican nuevas oleadas de rebelión de subjetividades juveniles, que Casanova (1999) ilustra claramente cuando se refiere a la generación de los noventa: “(...) es también la que en mayor volumen ha estado expuesta a condiciones inéditas de pobreza; retrayéndose una parte importante hacia formas colectivas signadas por la marginación cultural, el tradicionalismo político y la violencia (...) excluidos de todo, viven experiencias marcadas por la vinculación al delito, sirven a la economía de la droga, consumen alcohol y se refugian en creencias vitalistas.”
6. Fenómenos similares también se vienen dando en otros contextos, tales como jóvenes indígenas que habitan en territorio paraguayo.
7. Esta mayor probabilidad de exposición a peligros es señalada adecuadamente por la CEPAL (1994a) cuando afirma que la etapa juvenil: “ (...) tiene la criticidad peculiar de ser la última oportunidad importante para aumentar la equidad entre las personas, siendo la etapa en que se termina la educación formal (en diferentes niveles de logro), y se inicia la inserción ocupacional. Es clave también porque la adolescencia es siempre un período de cambio psicológico, de difícil y gradual aprendizaje de roles adultos, y por ende de gran incertidumbre y de peligro de daño psicosocial”.

8. Este análisis se basa en los trabajos de Durston (1998). Asimismo, Dirven (1995) ilustra muy bien la existencia de fuertes anhelos en la juventud rural: “(...) las evidencias cualitativas sugieren que un número importante de jóvenes, sobre todo varones, muestra propensión por la agricultura por sobre otras alternativas, siempre y cuando esta actividad les permita acumular lo suficiente para no vivir en la pobreza. Esta preferencia está asociada, entre otras cosas, a la valoración dada a los lazos de parentesco y de compadrazgo, las tradiciones culturales y las posibilidades de lograr una posición de respetabilidad en la comunidad”.

9. Según este programa se cubre a 7.300 pequeños productores y sus familias, organizados en 236 colonias con delegados e incipientes agrupamientos de 10 a 15 productores, totalizando hasta el momento 450 grupos de base (Decreto 1107/96).

10. Salvando las distancias se puede leer en Semler (1999) una sugerente advertencia sobre la arrogancia de quienes se reconocen como intelectuales o políticos ex militantes y rebeldes cuando critican los nuevos modos de expresión de la *generación 99*, que se orientan “al placer, la alegría de vivir, al humor, la distensión” o al medio ambiente, pero que rechaza a los dirigentes y políticos: “(...) no son los jóvenes quienes detestan la política sino al revés”.

11. Serios problemas institucionales y de corrupción política sucedieron durante 1999: oficialización de la postulación a la reelección del gobernador a pesar de los impedimentos constitucionales (art. 129); destitución del presidente del Superior Tribunal de Justicia y presidente de la Junta Electoral Provincial por parte de un juez de menor cuantía en complicidad con el P.E.; fraudes electorales en varios distritos, desvío de fondos públicos e interferencia política en las licitaciones públicas, etcétera.

12. Así la CEPAL (1994a) señala: “La juventud rural no se siente protagónica y es difícil incluso especificar su condición de joven como actor social potencial en el medio rural. A esto contribuye que la ciudadanía rural, en general, está devaluada en la sociedad y que los adultos, en general, no abren espacios a los jóvenes. Tradicionalmente no se permiten las manifestaciones de la voz juvenil ni en el trabajo ni en la familia”.

13. A fines de 1999 varios miembros de distintos centros de estudiantes secundarios de Formosa fueron ferozmente atacados por jóvenes organizados en grupos informales. Inmediatamente los estudiantes de varias instituciones apelaron a un nuevo símbolo, “*la cinta negra*”, además de las pintadas, para expresar en las calles su solidaridad y, a la vez, repudio por lo que consideran situaciones de injusticia impunes.

14. Si bien existe la Red Federal de Formación Continua desde donde se organizan las ofertas de capacitación pública, según la opinión de los docentes,

los resultados han sido pobres en materia de calidad y reconversión académica. A ello se adiciona el alto nivel de inversión económica realizada en los primeros años de su creación, pasando por la conformación de un submercado monóplico de “comercialización”, hasta llegar en la actualidad a la imposibilidad de lograr terminar el desarrollo de cursos por agotarse, sorpresivamente, el presupuesto.

15. En lugar de mejorar y potenciar experiencias educativas locales, se percibe un deslumbramiento por todo un paquete de ingeniería curricular que ha relegado, por ejemplo, al Programa de Expansión y Mejoramiento de la Educación Técnica Agropecuaria (EMETA/BID), los centros educativos para “adultos” en los cuales estudian jóvenes mayores de 17 años, así como el EMER destinado a la escolaridad básica rural, el cual ha posibilitado revitalizar en su momento a la escuela rural. Sin embargo, a pesar de sus contribuciones, estas instancias se encuentran casi fuera del sistema educativo.

16. En la región del NEA, muy especialmente en la provincia de Formosa y más aún en las áreas rurales, se han recibido considerables corrientes migratorias desde Paraguay de origen rural, determinando fuertes raíces culturales con la población paraguaya durante todo este siglo. De allí que el idioma materno en las zonas rurales del centro-este sea el guaraní y también el yopará (mezcla). Chacoma (1992a) abunda en datos históricos sobre el considerable poblamiento paraguayo en territorio formoseño.

17. Este punto lo explica muy bien Edson Teófilo (1992): “(...) la movilización social en el campo no es como pretende una concepción usualmente difundida entre los sectores conservadores de la sociedad un elemento *exógeno* al mundo rural, que introduce *desde fuera* agentes externos. Al contrario es un elemento constitutivo y siempre presente en las comunidades rurales. Frente a la aparente calma con que se pretende pintar el mundo rural, como invitación a la indolencia, lo que en verdad presenciamos en cualquier comunidad rural es una intensa y compleja red de procesos sociales, que se caracteriza por una gran vitalidad”.

18. Al respecto, véanse Reuben de Soto (1994); Caputo (1994).

19. En efecto, “los jóvenes tienen una mayor propensión generacional a interesarse por la conservación y el manejo sostenible de los recursos naturales que son la base de su presente y futura actividad económica. Este interés motiva su agrupamiento en organizaciones locales que promueven un uso más sostenido de los recursos y propician en los productores jóvenes, la incorporación de prácticas productivas ecológicamente más adecuadas” (Reuben de Soto, 1994).

20. La CEPAL(1994a) advierte la siguiente fortaleza a la que es preciso prestar atención: “La parte fácil del fomento de mayor participación democrática

para los jóvenes rurales es *la motivación*". Aunque reconoce como se describiera aquí que: "Menos fácil es la tarea de renovar trabas locales y microrregionales a la libre organización". De allí que también la CEPAL (1994b) señala: "el fomento de la participación organizada debe ser un elemento central para el proceso de desarrollo del mundo rural. En ello es de vital importancia el estímulo a la concurrencia de jóvenes en la conducción de las organizaciones rurales, sean éstas de carácter productivo, de representación u otro, ya que ellos constituyen un sector estratégico y de grandes ventajas comparativas en los esfuerzos de modernización del sector".